

DISCURSO DE CARMEN ALEMANY, DIRECTORA DEL CEMAB (UNIVERSIDAD DE ALICANTE)

Buenas tardes, excelentísimas autoridades, señoras y señores. No es casualidad que la Universidad de Alicante esté hoy aquí representada por Carles Cortés, Secretario de Cultura del Vicerrectorado de Extensión Universitaria, y por quien estas palabras lee en nombre de nuestro Excelentísimo y Magnífico Rector D. Ignacio Jiménez Raneda, y del Vicerrector de Extensión Universitaria, D. Jesús Pradells, quienes han tenido que declinar en nosotros la representación de nuestra Universidad porque otros asuntos -no tan gratos ni tan placenteros- les han impedido pisar tierras chilenas. De buen seguro su espíritu está aquí entre nosotros, en este acto de donación de un mural gestado en tierras alicantinas y con las miras puestas en la unión de dos pueblos, el chileno y el español, de dos ciudades, Valparaíso y Alicante, de dos poetas, Pablo Neruda y Miguel Hernández.

Decía que no es casualidad porque la Universidad de Alicante siempre ha tenido, y especialmente hoy gracias a nuestro Rector y a su equipo rectoral, la voluntad de estrechar los lazos con América Latina y, de manera muy concreta, con Chile. Hace aproximadamente un año, celebrábamos allende de los mares un Seminario sobre Pablo Neruda para conmemorar el Centenario de su nacimiento. A esta actividad -entre muchas otras- le siguió un encuentro en la alicantina isla de Tabarca con cientos de estudiantes de enseñanza secundaria con el objetivo de hacer realidad algo que nunca, desgraciadamente, ocurrió en la realidad: la visita a la isla de Tabarca del poeta Pablo Neruda junto a su querido -nuestro querido- Miguel Hernández. Hoy esta unión también se ha hecho realidad en este mural fruto de la inspiración de la entrañable pintora y muralista Ximena Ahumada, quien también en nuestra Universidad enseñó a los interesados a adentrarse en los conocimientos del muralismo y a sentir su amado Valparaíso desde los colores. Todo esto fue posible gracias al espíritu emprendedor del anterior Vicerrector de Extensión Universitaria, D. José Carlos Rovira, chileno de vocación y destacado estudioso de la obra de Pablo Neruda, y también a los representantes de Chile en España, el embajador D. Enrique Krause y el agregado cultural, D. José Cayuela.

Tampoco es casualidad que este mural se quede en tierras de Valparaíso porque aquí llegaron a bordo del "Winnipeg", a finales del 39, cientos de refugiados españoles perseguidos por un militar de cuyo nombre - francamente- no consigo acordarme. Estas vidas se salvaron gracias a la acción, entre otros, de Pablo Neruda quien confesará en sus Memorias que ésta fue "La más noble misión que he cumplido en mi vida".

Este mural es el testimonio del agradecimiento y ahí están juntos dos hombres, Pablo Neruda y Miguel Hernández, uno chileno y el otro español, que nos ofrecieron poéticamente los secretos de la naturaleza, del amor, de la amistad, de la solidaridad; dos hombres que sufrieron por mantener sus principios, y que nos dejaron versos de ausencia, de desgarramiento, de pesimismo. Por eso, por ser poetas que escribieron desde la más profunda experiencia, sus palabras aún están entre nosotros a pesar de guerras, de dictaduras y de deseos de acallar su voz.

Se conocieron en Madrid en 1934, y la casa de Pablo Neruda será la casa de Miguel Hernández:

Mi casa era llamada la casa de las flores,
porque por todas partes
estallaban geranios: era
una bella casa
con perros y chiquillos.

Hernández encontró en Neruda, más allá del poeta, al hombre amable y compasivo que no menospreció, como sí hicieron muchos de los poetas de la "generación del 27", los orígenes del oriolano. Nos dirá el chileno recordando aquellos años: "Yo lo conocí cuando llegaba de alpargatas y pantalón campesino de pana desde sus tierras de Orihuela, en donde había sido pastor de cabras (...) Tenía una cara de terrón o de papa que se saca de entre las raíces y que conserva fresca subterránea. Vivía y escribía en mi casa. Mi poesía americana, con otros horizontes y llanuras, lo impresionó y lo fue cambiando".

El oriolano entró en la órbita nerudiana y Miguel Hernández en el corazón del chileno: visita continuamente la Casa de las Flores y juega incansablemente con la niña Malva Marina, aquejada de una enfermedad que va poco a poco deformando más y más su pequeño cuerpo. Hernández, conmovido, le escribe a su amigo Juan Guerrero Ruiz en junio de 1935: "Mire: yo quisiera llevar para agosto a Pablo Neruda a ver lo mejor de esas tierras (...) Quiero saber si podría residir en la isla de Tabarca (...) A él sé que le agradecería un lugar donde el mar no se encontrara con arenas al ir a la tierra, donde el agua tuviera más grandeza (...) Además: Pablo tiene una niña de diez meses enferma y le agradeceré me diga si hay médicos buenos, especializados en enfermedades de niños". Miguel volverá a Orihuela por un tiempo, pero sin Pablo y su familia; pero Hernández no dejará de recordar a su amigo Pablo:

Alrededor de ti y el vino, Pablo,
todo es chicharra loca de frotarse,
de darse a la canción y a los solsticios
hasta callar de pronto hecha pedazos,
besos de pura cepa, brazos que han comprendido
su destino de anillo, de pulsera: abrazar.

Se verán nuevamente y por última vez en el II Congreso de Intelectuales Antifascistas celebrado en Valencia y en Madrid. Ya en la capital de España, Hernández acompaña a Neruda a la "Casa de las flores" de la que el chileno tuvo que huir furtivamente. Entre trozos de pared derruidos y restos de metralla se dieron el último abrazo. Poco tardará en comenzar el calvario de cárceles para Hernández y, desde la de Torrijos, el 26 de junio de 1939 le escribe a Pablo Neruda: "Es de absoluta necesidad que hagas todo cuanto esté en tu mano por conseguir mi salida de España y el arribo a tu tierra en el más breve espacio de tiempo posible (...) Conmigo habrán de salir mi mujer y dos amigos nuestros (...) No olvides que nuestra situación es bien difícil (...) Te necesito como nunca". Y el corazón de Pablo, como siempre, respondió. Años después, contará el chileno que:

Yo estaba otra vez en mi puesto en París, organizando la primera expedición de españoles a Chile. Me alcanzó a llegar su grito de angustia. En una comida del Pen Club de Francia tuve la dicha de encontrarme con la escritora María

Anna Comnene. Ella escuchó la historia desgarradora de Miguel Hernández que llevaba como un nudo en el corazón. Hicimos un plan y pensamos apelar al viejo cardenal francés, monseñor Baudrillart. El cardenal Baudrillart tenía ya más de 80 años y estaba enteramente ciego. Pero le hicimos leer fragmentos de la época católica del poeta que iba a ser fusilado.

Esa lectura tuvo efectos impresionantes sobre el viejo cardenal, que escribió a Franco unas cuantas conmovedoras líneas. Se produjo el milagro y Miguel Hernández fue puesto en libertad.

El corazón, como casi siempre en Hernández, ganó a la razón. A mediados de septiembre fue liberado e inmediatamente encarcelado y en la de Alicante morirá el 28 de marzo de 1942. Con esta muerte, Pablo Neruda también murió un poco. En uno de sus mejores libros, el Canto general, recordará a su hermano oriolano:

Llegaste a mí directamente del Levante. Me traías,
pastor de cabras, tu inocencia arrugada,
la escolástica de viejas páginas, un olor
a Fray Luis, a azahares, al estiércol quemado
sobre los montes, y en tu máscara
la aspereza cereal de la avena segada
y una miel que medía la tierra con tus ojos.

Pero Neruda recordará a su hermano poeta, Miguel Hernández, hasta el día de su muerte el 23 de septiembre de 1973. Hoy, gracias a la inspiración de Ximena Ahumada, Hernández está aquí junto a uno de los hombres que más admiró y quiso. Hoy también se empieza a suplir, a través del simbolismo de un cuadro, esa ausencia y estoy segura que, desde un lugar sin nombre, se sonrían y lo celebran como tantas veces lo hicieron en la "Casa de las flores".

Para la Universidad de Alicante es un honor que acojan el mural en esta Biblioteca Santiago Severin de Valparaíso aunque sólo sea una muestra mínima de lo que Chile le ha ofrecido a España. Muchas gracias.